en su favor. Abrióse su entrada á cualesquiera edades y estados sociales, en todas partes; hasta que por fin, el gran protector pontificio de las Congregaciones Marianas, Benedicto XIV, en su Bula *Gloriosæ Domine* de 27 de Septiembre de 1748, confirmando y extendiendo los elogios y privilegios otorgados antes que él por sus predecesores, concedió para este noble vástago de su no menos noble madre, un diploma en realidad de regia nobleza en la Iglesia católica, sellándolo con su «sello de oro (1).»

Tales fueron, á grandes rasgos, el origen y primer desarrollo de las Congregaciones. Así como Moisés creció desde la cestilla de mimbreros en que fué recogido, hasta llegar á ser el jefe del pueblo de Dios; así también aquella tierna Asociación juvenil que tuvo su origen en los bancos de un Colegio de Roma, se dilató y abarcó después miles de Colegios y Universidades, los Ministerios y las Audiencias, los ejércitos, cabañas y los palacios, los tronos del mundo y la Silla de los Pontífices. Dios había vuelto á elegir al humilde, para realizar grandes cosas y proporcionar inmensos bienes al género humano. Niños eran esta vez los que dieron el primer impulso. De las aulas del Colegio Romano había brotado un nuevo raudal de vida, que después de haber refrescado con sus primeras y plateadas aguas aquellos tiernos y delicados retoños, extendióse rápidamente, llevando vigor y lozanía á todos los países del mundo.

Pasemos ahora á estudiar la obra en sí misma. Su construcción interior y exterior, su fin y el proceso de su vida, nos ocuparán sucesivamente. Desde todos estos puntos de vista, la Congregación Mariana se nos presentará como obra de Dios, una de las más grandes y admirables.

VARIEDADES.

DIÁLOGOS DE ACTUALIDAD

—¡Hola! don Juan ¿cómo vamos?

—¡Calla! Perico ¡que sé yo! Vivimos en la montaña, y, si bien es-

(1) Las Bulas, fuente la más autorizada de la voluntad pontificia, acostumbran llevar un sello de plomo; pero aquellas cuyo contenido es de grandísima importancia para toda la Iglesia, llevan un sello de oro, y se llaman «Bula de oro.» (N. del A.)